

RHADAMISTO Y ZENOBIA,

TRAGEDIA FRANCESA.

DE MONSIEUR DE CREBILLON:

ESTA PIEZA TIENE LA GLORIA DE HABERSE REPRESENTADO treinta dias seguidos en Paris, como su Autor la de que Luis XV honrase su memoria con el magnífico Monumento que mandó erigirle.

OFRECELA AL TEATRO ESPAÑOL

D. A. B. N.

A C T O R E S.

Pharásmanes, Rey de Iberia.	fidente de Rhadamisto.
Rhadamisto, Rey de Armenia hijo de Pharásmanes.	Nitrans, Capitan de las Guardias de Pharásmanes.
Zenobia, esposa de Rhadamisto baxo del nombre de Ismenia.	Hidaspes, confidente de Pharásmanes.
Arsames, hermano de Rhadamisto.	Phenisa, confidente de Zenobia.
Hieron, Embaxador de Armenia, y con-	Guardias.

La Escena es en Arthanisa, Capital de la Iberia, en el Palacio de Pharásmanes.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Zenobia, (baxo el nombre de Ismenia) y Phenisa.

Zenobia. **D**éxame abandonar á mis tristezas, ó mi amada Phenisa; no mitigas con tu ruego importuno mi tormento, ántes lo aumentas, bien que compasiva; déxame; tu piedad, tus persuasiones,

y aun la vida infelice, que me anima, de los dolores de la triste Ismenia son el colmo fatal. ¡ La suerte mia puede ser mas cruel, ó Dioses justos! Phen. ¿ Es posible que en lágrimas continnas

A

ha-

hayán de estar bañados vuestros ojos,
y que tantos suspiros á la fina
amistad mia den cuidado siempre?
En vano el sueño dulcemente os brinda
con el reposo, y la asombrosa noche
tambien en vano á la quietud convida.
Sed insensible á amor en hora buena;
pero sensible sed á las porfias
de mi amistad ¿quál es vuestra desgra-
cia?

yo no puedo negar que estais cautiva,
mas en unos paises, donde todo
lo sujeta el amor á la divina
hermosura de Ismenia; no salisteis
de cadenas, sino para la dicha
de aprisionar al grande Rey de Iberia;
¿y qué mas? de los Reynos, que do-
mina

este gran vencedor de los Romanos,
quiere haceros Señora; mas porfia
su amor inútilmente, y ya quejoso
del desden que merecen sus caricias,
se cansa vanamente en obsequiaros;
¿qué tormentos, rigor, desprecios,
iras,
no han provocado su furor? ya es
tiempo

de que correspondais á su excesiva
pasion, ea dexad vuestra dureza,
entonces le vereis como declina
su fiereza en ternura, y sumisiones.
Zeno. Yo conozco mejor que tú, Phenisa,
á ese vencedor bárbaro, á quien quierdes
inclinár mi cariño; aunque publica
la fama sus victorias, y en su frente
majestad, esplendor, y lustre brillan,
en todo el mundo objeto mas odioso
no puede haber delante de mi vista.
Mucho he tardado en descubrir mi pecho
á la fiel amistad con que me miras,
pero ya es ocasion de que acredite,
quanto estoy á tu amor agradecida.
Preven la admiracion á los sucesos,
que voy á referirte, en cuya vista
no extrañarás ya mas el que procure
darme la muerte. Atiéndeme Phenisa.
Tu me has visto arrastrar duras prisio-
nes,

mas no por esto dexo de ser hija
de la mas alta sangre, que no cede
sino á la de los Dioses, pues si miras
la serie toda de mis ascendientes

no hallarás mas que Reyes en mi linage
ese Rey que extremece á toda la Asia,
y cuya intrepidez, y valentia
burla los zelos de la augusta Roma,
Pharásmanes, el mismo á quien inclinó
mi corazon, ese tirano monstruo,
hermano es de mi padre, ¡ó suceso
impia!

y pluguiera á los Dioses, que el destino
no añadiese á estos lazos que me ligan
otros mas dulces; pero el cielo quiso
que llegase á lo sumo mi desdicha,
quiso que fuese padre de mi esposo,
de Rhadamisto en fin.

Phen. ¿ Vos sois la hija
de Mitridates! ¿ vos Zenobia! ¿ ó Dioses
Zenob. No lo dudes, Phenisa, si,
misma:

de largo orden de Reyes descendiente,
resto infeliz de aquella sangre invicta,
ilustre siempre, y siempre desgraciada.
mi padre Mitridates florecia
con su hermano Pharásmanes impio
en un seno de paz la mas tranquila,
á el eco de sus leyes obedientes
las dos Armenias, respetar hacia
el solio de este Principe dichoso
entre las mas brillantes monarquias,
muy feliz en efecto Mitridates
hubiera florecido sin la envidia
de su pérfido hermano; pero lejos
de apoyar sus grandezas, y sus dichas
en usurpar el solio de mi padre
se empeñó de este infiel la vil codicia;
para engañar mas bien á Mitridates
su hijo en la edad mas tierna le confió,
mi amado padre le recibe incauto,
y para ser mi esposo le destina.
Yo ignorando, que en tales apariencias
ocultarse pudiese tal malicia,
te confieso en verdad, que era mi ob-
jeto

corresponder amante á sus caricias.
Phen. Sin embargo, jamás hubo en el Asia
Rey de nombre tan grande, y de tan
digna
emulacion.

Zenob. Prosigue oyendo atenta.
De quince años la edad aun no cumplida
mi enlace se trató con Rhadamisto;
ya seguro en sus glorias se creia,
quando contra nosotros conjurado
Pha-

Pharásmanes , qual fiera embravecida
entró en nuestros pacíficos dominios;
Tiridates le sigue , que venia
con deseo de unirse á nuestra sangre,
y de mi mano viendo ya perdidas
todas sus esperanzas , indignado
sembró por todas partes su avaricia
el horror , el desórden , y el espanto.
Para vengar mi padre la perfidia
de su cruel hermano , en Rhadamisto
cargó el golpe terrible de sus iras ;
á el soberbio Tiridates ofrece
su corona , y mi mano , en cuya vista,
Rhadamisto irritado de su afronta,
á esfuerzos de su honor , y valentia
hace huir á Pharásmanes de Armenia,
y á Mitridates de su Reyno priva.
Dueño de estos estados finalmente,
apoderarse solo pretendia
de mi padre infeliz , y con efecto,
á pesar de Numidio , y de la Syria,
obligó á Polyon se le entregase:
yo en tales circunstancias , como hija,
procuré suavizar á Rhadamisto,
salvando de mi padre así la vida.
Juró por fin vencido de mis ruegos,
restituir la Armenia á sus antiguas
leyes en el instante que mi mano
se le diese por premio á sus caricias.
Con estas alagüeñas esperanzas,
yo ansiaba por instantes aquel dia,
en que tuviese efecto nuestro enlace,
mas mi perjuro amante nuestras dichas
cambió en desgracias , pues al punto
mismo
que se vió de mi dueño , su osadía
pasó á dar muerte á mi querido padre;
esta inhumanidad al cielo irrita ,
y le obliga á llenar de horror , y es-
panto
de nuestra union fatal el triste dia,
¡ qué infeliz Himeneo ! ¡ santos Dioses !
¡ ó qué bárbaro esposo !
Phen. Persuadida
la gente á que vos erais el motivo
de haber dado la muerte compasiva
á su Rey Mitridates , vuestro enlace
miráron con horror.
Zenob. Todos conspiran
á vengar en mi sangre su desgracia,
sin saber que aun yo misma no sabia
de mi padre el destino; en este lance

3
mil funestas congostas combatian
el pecho de mi esposo ; finalmente,
alejando de sí la cobardía,
á pesar del tumulto que le cerca,
hizo la mas cruel carniceria.
„ Seguidme , dixo , que estos insolentes,
„ que pretenden cortarme la salida,
„ no lo han de conseguir.“ Asi me ha-
blaba,
y haciendo libre paso su osadía
por medio del tropel que le persigue,
para vengar en él la sangre invicta
de mi padre , me toma entre sus brazos;
asi fuerte peleaba y asi huia;
pero oprimido al fin de tanta gente,
y volviendo hácia mi triste la vista...
Mas ¡ ó dolor ! que lejos de contarte
de un esposo infeliz la accion indigna,
justo es que su memoria respetemos;
no me puedo acordar de estas desdichas
sin llorar la desgracia de mi esposo:
¡ ay esposo infeliz !... Oye , y admira
la crueldad mas grande ; de mi esposo,
de mi esposo cruel la mano misma
me arrojó en el Araxes , fui en sus
aguas,
ya casi enteramente sumergida,
víctima de su amor desesperado.
Phen. ¡ O Dioses soberanos ! horroriza
aun el oír tan grande atrevimiento :
¡ ó qué inhumano esposo !
Zenob. Ya cubrian
mis ojos los horrores de la muerte,
pero el cielo con mano compasiva
me sacó de este riesgo ; mas apénas
canto mi libertad , lloro afligida
la desgraciada muerte de mi esposo;
contra nosotros nuestra gente misma
cauteloso Pharásmanes seduxo,
él mismo con zelosa mano indigna,
pretextando vengar á Mitridates,
de su hijo Rhadamisto fué homicida,
dexando á mi dolor libres las riendas,
con gusto abandoné desde aquel dia
mi reposo , mi patria , y mi carácter,
yo ocultando hasta el nombre , pere-
grina
he corrido la Media ; y quando el cielo
parece que benigno pretendia
darme quietud , despues de los diez años
de mi esclavitud triste , y mis fatigas,
Arsames valeroso con la guerra

todo mi auxilio, y mi esperanza quita,
Arsames descendiente de una sangre
para mí tan odiosa, y tan indigna,
Arsames sin embargo amable objeto,
digno de mis cuidados, y caricias,
hijo en fin de Pharásmanes, y hermano
de Rhadamisto.

Phen. Puesto que os obliga
ese Príncipe amante y generoso
con sus prendas y amor, no perjudica,
ni agravia, según pienso en modo al-
guno

de vuestro amado esposo á las cenizas,
el que correspondáis.

Zenob. Aunque quisiera
ceder en esta parte á lo que dicta
mi amante corazón, la dura ausencia
de esta esperanza los arbitrios quita.
Ocupado en preceptos de su padre,
Arsames vive ausente, y mis desdichas
llegan al colmo, viendo que la Armenia,
cuya posesion solo á mí es debida,
va á caer en los Parthos, ó Romanos,
ó acaso en otras manos mas indignas,
y Pharásmanes lleno de victorias,
ya se apronta á dexar estas provincias.

Phen. Sea este en hora buena su proyecto;
¿pero quién á sus leyes os limita?

Huid de él, pues teneis de vuestra parte
todo el poder Romano y la justicia.

Roma ha de decir de las Armenias;
á este fin hoy se espera de la Syria
un Ministro; y pues vuestro es el Im-
perio,

César defenderá vuestra justicia;
llegad á él por medio de su enviado,
que hoy se aguarda en los muros de Ar-
thanisa.

Zenob. ¿Y cómo le haré ver mis infor-
tunios?

¿Quién crédito dará á una fugitiva,
á una infeliz esclava, aun quando logre
salvarme?... ¡Pero Arsames á mi vista!

SCENA II.

Zenobia, Arsames, Phenisa.

Ars. Permitidme, Señora, que me ofrez-
ca....

Zenob. ¿Sois vos Arsames, cuyo brazo
invicto

la Albania ha sujetado?

Arsam. Si Señora,

á mis armas ya todo se ha rendido;
¡mas ay! que aunque parece que la
gloria

pretende coronarme, es mi destino
el mas cruel; por veros bella Ismenia
dexo mi comision, bien persuadido,
que voy á ser el blanco de las iras
de mi padre tirano; sin su aviso
abandono zeloso los paises,
que dexó á mi cuidado cometidos.

¿Podré creer, Señora, que mi padre,
sensible solamente á vuestro hechizo,
intenta hoy completar con vuestra mano
sus fortunas? ¡Pero ay! que mi apre-
vido

proceder ya el silencio lo condena:
perdonad á mi amor este delito;
él Señora me obliga á estos extremos;
bien conozco que hallar gratos oídos
solo á un feliz amante corresponde,
pero yo, que aunque humilde siempre
he sido

de vuestro rigor sumo triste objeto,
¡quánto debo llorar! ¡quánto soy digno
de compasion! mas no obstante, indig-
nado

de la suerte cruel, ó del martirio,
á que estais ya Señora destinada,
me lamento de vos, y de mí mismo,
pues no es ménos zeloso, que infelice
el tierno amor, Ismenia, con que os
miro.

Zenob. Con efecto, yo veo en vuestro
padre

un incendio voraz, un excesivo
amor hácia esta esclava; mas no obs-
tante

inútilmente esfuerza su cariño
en finas expresiones, que detesto,
á pesar de su bárbaro dominio:
no así, Príncipe amable, son ingratas,
no así las que yo os debo desestimo.

Arsam. A pesar de este fuego que me
abrasa,

del rigor mas severo y mas impio
hacedme el blanco, siempre que á mí
padre

la mano le negueis; y si el destino
ha de ser para mí tan infelice,
que abandoneis por otro mis cariños,
dad-

ESCENA III.

Pharásmanes, Zenobia, Arsames, Miranés, Hidaspes, Pbenisa, Guardias.

Phar. ¿Qué es lo que miro? ; en Arthanisa Arsames!
¿qué objeto le conduce? hablad, Señora;
¿quándo yo el Rey ignoro su venida, Arsames á mi corte venir osa?
¿Arsames junto á vos? ; cuánto sospecho,
quánto da en que entender vuestra zozobra!
vos, á quien he fiado mi venganza, comision la mas grande, y mas gloriosa,
decid, Principe, ¿qué moveros pudo, qué objeto, qué designio, sin mi propia

órden os ha traído á mi Palacio?
Ars. Si conmigo tenéis ya la victoria sobre vuestros contrarios; ¿es posible qué receleis, Señor, de mi persona?
¿qué sospecha os produce mi venida, quando mi zelo, y lealtad os constan?
¿creed, Señor, pues me hallo en vuestra corte,

que están sujetas las rebeldes tropas.
¿Quándo entre riesgos lauros os adquiero,
quando aclama la fama mis victorias, por premio en fin, Señor, de mis servicios,

desprecios hallo, quando espero glorias?
Comprehendiendo que Roma, y que la Syria

amenazaban á la Iberia toda, que Corbulon se armaba presuroso, vuestro hijo conducido de su honra, viene en vuestro socorro, no dudando hallar una acogida generosa; esperaba, que abriesen en palacio, para ofrecerme á vos, y en esta hora hallo, Señor, á Ismenia.

Phar. Poco teme mi espíritu guerrero á Syria toda, á Roma, y Corbulon; de estos rebeldes ya estoy acostumbrado á las victorias;

yo

dadme rivales, de que impunemente os ofrezca mi zelo sacrificios....

¿Mas por qué me detienen los respetos propios de un reverente, humilde hijo? no siempre ha de vencer naturaleza en competencia de un amor tan fino.

Vuestras prendas, Señora, me arrebatan,

vuestro amor me conduce sin arbitrio; además, ¿qué sé yo las crueldades, de que seria objeto compasivo, si lograrse mi padre vuestra mano?

No es este solo el bien de que me privo, pues la Armenia, resuelta finalmente á sacudir un yugo tan iniquo, pretende elegir Rey; y se declaran, por su enviado Hieron, todos propicios en mi favor; Señora, este homenaje deseaba ofreceros mi cariño;

mas un rival tan fiero, un cruel padre, se empeña en usurparme estos dominios,

y vuestra posesion, que es la mas dulce; ¿ó padre de este nombre poco digno!

¿ó padre enhorabuena de la Armenia, mas concede á mi amor goce tranquilo los encantos de Ismenia; este bien solo,

es el que, justos Dioses, os suplica.

Zen. ¿Qué zozobras me trae vuestra fineza!

por infeliz que fuese mi destino, yo á lo menos gozaba del reposo,

pero vuestros cuidados, y cariños llenan mi corazon de sobresaltos.

¿Y qué esperais, Señor, de amor tan vivo?

¿conviene tal fineza á una cautiva? mas concedamos que el amor mas fino nos une cariñosos; ¡de Himeneo

¡jamás Señor el lazo podrá unirnos. No es el Rey solo vuestro rival fiero;

á pesar de su amor, y su dominio, una ley rigurosa, indispensable,

os debe reprimir vuestro cariño.... ¿Mas qué escucho? Señor, el Rey se

acercar: por mi su entrada temo, y por vos mismo.

yo no puedo aprobar vuestra venida, ni los servicios, que alegais, la abonan; porque decidme, Príncipe, ¿ese obsequio,

que tanto blasonais, es otra cosa, que obligacion de un hijo y fiel vasallo? vuestra venida no dudeis que borra quanto zelo hasta aquí me acreditasteis; sabed que solo sirve su memoria de que el Rey no castigue cruelmente los ocultos proyectos que él ignora: mas sean los que fuesen, id á Colchos á pagar vuestro amor; y desde ahora el que veais á Ismenia sobre todo os prohibo; sabed que su persona es ya igual á la mia; mi amor sumo desde hoy la va á elevar á la grande honra

de Reyna de la Iberia; con su mano hoy completa mi amor sus dichas todas;

la que ántes vuestra esclava, es vuestra Reyna;

ya con esto os he dicho, que zelosa no sufre mi presencia vuestra vista; ea marchad.

ESCENA IV.

Pharásmanes, Zenobia, Mitrans, Hidaspes, Guardias.

Zen. ¿Y que derecho abona de vuestro amor empeño tan violento? inútil es la oferta generosa, con que me honrais; mi amor no se conquista,

ni se puede vencer con la corona; además, ¿qué sabeis si ya mi suerte ha dispuesto que sea de otro esposa? ¿qué sabeis si mi sangre me permite escuchar vuestras ansias amorosas?

Phar. Con efecto, yo ignoro vuestro origen;

mas aunque él sea tal que corresponda á las prendas brillantes que os ilustran, mi nombre es tan glorioso, que blasona igualarse á los Dioses; vanamente al rigor añadís artificiosas disculpas, porque al fin, ello es forzoso obedecerme: las gestiones todas de un fino amor con vos he practicado;

para obligaros no usé del idioma imperioso de Rey, si el de un amante; pero irritado ya, desde esta hora me valgo del poder de Soberano; teme pues el rigor, que tú provocas, y vive persuadida, á que no obstante el grande imperio de que amor blasona jamás los Reyes han acostumbrado hallar tal resistencia; bien te consta mi amor, y mi poder; mas sin embargo,

aun temo tus repulsas; la traydora venida de mi hijo es la que causa el gran desprecio, con que desdeñosa pagas mi amor ardiente; pero temo que los zelos voraces, que me ahogan en la muerte de un hijo temerario, no venguen los agravios que ocasiona.

ESCENA V.

Zenobia, Pbenisa.

Zen. Pues se empeñan, tyrano, tus rigores probar mi débil fuerza, y mis deseos preciosos,

teme que amor valido de mis brazos no te cause los males que él me ha hecho.

¿A que espero ya mas? Amado padre! ¿Qué! ¿de vengarnos ya no llegó el tiempo?

querido esposo, pues tambien tu fuiste del rigor de Pharásmanes objeto, venid ámbos, venid á socorrerme, llenad mi corazon del valor vuestro. Pero no, mejor es que la venganza del valeroso Arsames la femos;

el bárbaro homicidio de mi padre, aquella atrocidad, con que á sus zelos sacrificó á su hermano, y á su hijo, no se puede expiar sin el azero de otro hijo vengador: ve pues Pbenisa,

y sin manifestarle mis secretos, dirás á Arsames, que la triste Ismenia implora su piedad: que el mensajero de Roma se espera hoy en Arthanisa, y que de él me consiga el valimiento; píntale el cetro augusto de la Armenia, pondérale los males que padezco;

y haz que al deseo de reynar ponga;
de un hijo tan humilde los respetos:
porque se compadezca finalmente.
retrátale mi mal, mi desconsuelo:
¿quién mejor que el amor ha de vengarme,
de los daños que el mismo amos ha hecho?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Rhadamisto, Hieron.

Hier. ¿Se engañan mis sentidos, ó es acaso el que yo estoy mirando Rhadamisto?
¿Qué es esto cielos! ¿ hoy me dais la dicha

de que vea á mi Principe querido?
¿Quándo todos ya lloran vuestra muerte,
¿ cómo, Señor, os hallo en este sitio?

Rhad. O mi amigo Hieron, ¡ pluguiera al cielo, que me hubiera quitado compasivo con el cetro, la vida juntamente! mas los Dioses me dexan, por castigo de mis atrocidades, una vida llena toda de horror, y de martyrios: lejos de complacerte con mi vista, muy propio en un vasallo, no soy digno sino de que me mires como á un hombre,

¿ quien los Dioses, y los hombres mismos deben tratar con el rigor mas grande: un delinquente como yo, es indigno de tu amistad, Hieron, y aun de la vida;

solo objeto de horror, exemplo vivo de la desgracia: infiel amante, ingrato, perjuro, y parricida: estos delitos me harian creer, que el cielo no castiga si los remordimientos repetidos no me afligieran.

Hier. Tales sentimientos son de vuestra virtud efecto digno; pero advertid, Señor, que Mitridates á vuestro proceder dió el motivo,

7
pues faltando á la fé que era debida, pretextando vengarse, su designio fué imponeros la ley.

Rhad. No, no disculpe tu amistad los errores cometidos, ántes pretendo que de Mitridates me pintes la desgracia, y los delitos que cometí en aquel funesto dia; aquel dia infeliz, aquel repito, en que sacrificué tanto inocente: pinta mi horror en cada sacrificio. Quiero darte, Hieron, que Mitridates de mi rigor zeloso fuese digno; Pero dime, ¿ Zenobia, mi Zenobia qué causa dió para un cruel castigo? Te llenaras de horror, te estremecieras, y tú mismo á pesar de tu cariño, dieras muerte á este bárbaro, sabiendo á qué extremo llegó el furor indigno de mis zelos. Escucha mis errores... Pero ya los publica el llanto mio.

Hier. Igualmente que vos yo penetrado del dolor que os aflige, no exámino, Señor, si sois culpable, pero creo, segun los sentimientos, que en vos miro que es vuestra culpa; ya es forzoso templar vuestro dolor; ahora os suplico digais el cruel caso...

Rhad. ¿ Como puedo referirte sucesos tan impíos, que mi sangre se hiela á su memoria? mas escucha. Bien sabes fiel amigo, los daños que causó esta mano fiera; tambien viste que el pueblo seducido me arrebató en el Templo osadamente la amable prenda que me dió el destino,

y á pesar de los riesgos, tambien sabes, que pude recobrarla, mas porfio inútilmente huir; pinta tú ahora mi desesperacion en este sitio.

Quise darme la muerte; mas Zenobia envuelta en tiernos llantos, y suspiros, mil veces me abrazó, y me dixo amante quanto inspira el amor mas expresivo. ¡ Ah, Hieron! ¡ qué recuerdo tan funesto!

objeto mas hermoso no lo han visto mis ojos; pero lejos de causarme ternura, y sentimiento, solo hizo aumentarme los zelos: ¿ es posible qué mi muerte, decia entre mi mismo

asegure á Tirídates su gloria?
 ¡qué se ha de apoderar hoy este indigno
 de mi Zenobia hermosa! así decia,
 y lleno de un furor el mas impío,
 la arrojé en el Araxes, y en sus aguas
 labré bárbaramente su suplicio,
 llenando así de horror el dia triste
 de nuestro enlace.

Hier. ¡O Dioses, qué destino
 ageno de una Reyna, amable objeto
 de vuestro corazon!

Rhad. Ya perseguidos,
 sin amparo, privado de mis gentes,
 se aumentó mi furor, y en tal conflicto
 resolví en fin morir desesperado:
 indigno de vivir, me precipito
 entre el pueblo furioso, que un vil
 padre,

temible mucho mas que mi enemigo,
 excitaba cruel, solicitando
 el fin tyrano de su triste hijo:
 iba ya á perecer lleno de heridas,
 quando indignado al ver tantos impíos
 un batallon Romano, que de Syria
 en venganza del Rey difunto vino,
 me arrebató sangriento de sus manos,
 y Corbulon su Capitan, el mismo
 que venia resuelto á darme muerte,
 de mi valor prendado, ó compasivo
 me libró del riesgo en que me hallaba,
 á pesar del furor, con que me irrito:
 sensible á sus favores, mas no obstante
 ocultando mi origen: oprínido
 del continuado horror de mi memoria:

me que nunca voráz el fuego vivo
 de mi infeliz amor, para tormento
 de aquel cruel, y bárbaro delito,
 que cometi en la muerte de Zenobia:
 así, Hieron, con el dolor continuo
 de mi triste memoria, temeroso
 del dia, y de la noche, entre suspiros
 he pasado la vida; pero ansiando
 buscar mi gloria en medio del peligro,
 á Corbulon confío mi fortuna:
 juzgaba yo que aquel furor antiguo
 se me hubiera apagado en los diez años
 que he vivido en el Asia, mas no amigo,
 pues apenas comprehendo que la Ar-

menia
 pretendia imponerse un yugo iniquo,
 que mi padre en secreto meditaba

á fuerza de las armas su dominio,
 quando siento en mi pecho que renace
 mi gloria, y mi valor enfurecido:
 á Corbulon en fin me manifesto,
 le descubro mi origen, y le obligo,
 á que de Roma Embaxador me nom-

bren
 contra un padre cruel, soberbio, impío

Hier. Y baxo de este nombre ¿qué ex-
 ranza
 podeis formar? ¿quál es vuestro
 signio?

¿olvidais ya los riesgos, en que
 puso

de venganza el espíritu atrevido?
 temed, Señor, arrojo tan violento,
 no queráis ya buscar mas precipicios

Rhad. Un hombre como yo, lleno de furores
 criminal sin objeto, y sin designio
 virtuoso, abandonado enteramente
 á dolores crueles, y continuos,
 ¿conocerá, Hieron, los grandes riesgos

á que se precipita? combatido
 mi infeliz corazon por varias partes,
 sin amar la virtud, pero enemigo
 de la culpa, y error, victima triste

de un amor desgraciado, los delitos
 no sabe detestar, aunque se postra
 á los remordimientos: ¡caro amigo!

conozco mis errores solamente
 para mirarme con horror yo mismo.
 Ignoro en este lance quien me empuja

si es desesperacion, si el amor fino,
 ó el aborrecimiento. ¿Qué me resta,
 Dioses justos, despues de haber perdido

mi adorable Zenobia? Nada quiero;
 y ya desesperado solo aspiro
 á vengarme de la naturaleza:

yo no sé que veneno se ha extendido
 por mi corazon todo: aquí pretendo
 hallar al autor bárbaro é impío

de mis desgracias, porque aunque es
 padre,

de este amor natural ahora me olvido
 aquí, Hieron, acreditar pretenden
 los Dioses su justicia en mi castigo:

aquí me aguarda el golpe de la muerte
 que tanto tiempo ha estado suspen-

dido,
 y ojalá que no hubieran retardado
 en cortar de mi vida el triste hilo.

Hier. No provoques la cólera del cielo,
 huida

huid, Señor, huid el precipicio,
temple el amor de hijo esos ardores,
sabed que para vos es este sitio
sagrado; y si por fin estais resuelto
á la venganza, fuera del recinto
de Iberia es donde debe executarse:
á la Armenia, Señor, volved conmigo.

Rbad. No es tiempo de eso no, porque ya
es fuerza,
que se cumplan los hados impropicios:
ó morir, ó servir á los Romanos;
ya es preciso vengarme, no hay arbi-
trio:

Roma en mí deposita sus derechos,
cierta de que contra este Rey temido
nada perdonaré, pues de este modo
se restauran los suyos y los míos:
asi huir quiere una dudosa guerra,
que tantas veces vergonzosa ha sido
al orgullo Romano, y sus proyectos
de la Armenia conspiran al dominio:
César me ha declarado Rey de Arme-
nia,

porque siendo bastante conocido
el furor de mi padre, no recela
que entre los dos se encienda un fuego
de discordia: y que yo destruya á

Iberia,
asegurando así el apetecido
reyno de Armenia. Tal es la conducta
de Roma, que pretende por el hijo
arruinar á su padre, y de este modo
hacerse formidable á su enemigo:
á mi venganza fia sus derechos,
por aumentar injusta sus dominios;
y así me envia, no con el semblante
de Embaxador, si de un enfurecido,
que abandona todo á sus furores,
llegará sin recelo al parricidio.

Su politica es esta, y sin embargo,
desesperado yo me precipito:
enemigo de Roma, y de la Iberia
vuelvo, Hieron á el horroroso sitio
dó vi la luz primera.

Hier. Pues yo enviado
igualmente que vos, mas con distinto
objeto, en mí la Armenia deposita
sus fueros todos, siendo su desig-
nific

ofrecer este cetro á vuestro hermano.

A pesar nuestro vuestro padre impio
aspira á esta corona; pero vengo
á anunciarle que en vano su dominio
solicita. Mas no obstante la ausencia
no temeis que os conozca?...
9

Rbad. No me ha visto
desde mi tierna edad mi cruel padre,
y segun su fiereza no imagino,
que la naturaleza le recuerde
de su hijo el semblante.... Hacia este
sitio
se va acercando el Rey, disimulemos:
á su vista mi zelo vengativo,
y mi furor se aumenta por instantes:
¡Qué violencia me cuesta reprimirlo!

ESCENA II.

*Pharásmanes, Rhadamisto, Hieron, Mi-
tranes, Hidaspes, Guardias.*

Rhadam. Roma triunfante que de tantos
Reyes,

su politica, y armas la hacen dueño,
á vos me envia, y penetrando sabia
aun vuestros mas recónditos proyectos,
su voluntad suprema hoy os anuncia:
Neron, Señor, no ignora el gran res-
peto,

que á vuestra Magestad es tan debido,
Roma sabe el lugar, que os habeis
hecho
entre los mas gloriosos vencedores,
no obstante su valor, admira el vuestro;
mas tambien conoceis el poder grande
de sus armas; y así temed sus zelos,
temed el provocar sus justas iras:
sus aliados, mejor diré sujetos
los de Armenia, de Roma estan pen-
dientes

aguardando la suerte de su cetro:
vos lo sabeis, Señor; y sia embargo,
vuestros soldados marchan ya sober-
bios,

desde el Cáucaso al Phases caudaloso,
los contornos del Ciro están cubiertos
de vuestros combatientes: indignada
la angusta Roma de un atrevimiento,
que en ningun otro Rey ha conucido,
aunque no ha interrumpido los pro-
grasos

B de

de nuestras armas , con perjuicio acaso
de sus indisputables privilegios,
y aunque haya abandonado á la Ti-
grania ,
y á la Media tambien , su nombre ex-
celso

no le permite abandonar la Armenia :
y así en nombre de César os prevengo,
que no oseis dirigir vuestras conquistas
hacia el Araxes , pues de tal exceso
tomará la venganza que le dicte
su honor , su gloria , y corazón guer-
rero.

Pharás. Aunque desprecio tales ame-
nazas,

confieso que al oiros me sorprehendo.

¿ Con qué valor , Romano , habeis ve-
nido

á intimarme de César los decretos ?

¿ y cómo se persuade , que olvidando
mis valerosos , mis gloriosos hechos,
Roma instruida bien de mis victorias,
como digo se cree , que mas respeto
yo he de guardar con sus Embaxadores,
que con la misma Roma , quando veo
que en mi corte me insultan ? yo repito,
que sujetando aun invencibles pueblos,
tantas veces burlé el poder Romano,
hice temblar los Reyes mas soberbios,
á esos Parthos famosos , que hoy in-
funden

á los fuertes Romanos tanto miedo :

¿ esa Roma triunfante ya no ha visto
mis triunfos , y postrado su ardimiento ?

¿ No ha vengado el terror de mis ha-
zafias

el orgullo de muchos Reyes fieros ?

¿ Y qué al fin os conduce á estos paises ?

¿ Es de la guerra acaso el rompimiento ?
Pues ya veis que Neron no se ha enga-
ñado

en la idea que forma de mi reyno ;
hasta los cortesanos que me sirven,
toda mi corte , mi palacio mesmo
un fausto rústico es el que respira,
y la naturaleza aqui en su seno
nada abriga , que cebe la avaricia
de los Romanos ; solamente hierro,
y soldados produce en vez del oro :
mas ahorremos discursos ; si mi objeto,
como decís , ha penetrado Roma,

y puede estorbar todos mis progresos,
¿ por qué no ha prevenido ya sus tropas,
¿ no sabe combatir sino por medio
de sus Embaxadores ? con las armas,
es con lo que se impide el gran pro-
yecto

de pasar yo á la Armenia , no con vá-
nos,

y frivolos discursos , muy agenos
de los Romanos , quando abrir camino
á fuerza de las armas es mi intento :
y puede ser que llegue hasta el Eufrates,
desafiando á Corbulon soberbio.

Hier. Aunque Roma atendiendo á vues-
tras leyes, (á *Pharásmanes.*

nos permitiera la eleccion del cetro,
nunca espere , Señor , vuestra codicia,
que en su favor se expliquen los Armenios.
En tal caso los Parthos envidiosos
y los Romanos respirando zelos,
dieran contra nosotros : hoy la Armenia,
abandonada toda al sentimiento
de sus miserias , mas que un Rey pro-
cura

un padre , que la sirva de consuelo :
la paz ansian , Señor , nuestras provin-
cias,

y siendo vos el Rey no la tendremos ;
Artaxates admira vuestras prendas ;
pero vuestra ambicion no admira ménos
la Armenia necesita Soberanos
neutrales á los Parthos , y sujetos
á el imperio Romano ; finalmente,
pretender conquistarnos es lo mesmo,
que querer nuestra ruina.

Phar. Del discurso

tan en vano que formais , yo bien pe-
netro

la ambiciosa politica que os mueve ;
conozco vuestro espíritu altanero ;
pues lo quereis , declárese la guerra,
y los de Armenia advertirán bien presto
quien ha de dar la ley , si ha de ser

Roma,

ó si á mi pertenece este derecho .

de mi hijo y hermano ya difuntos,

¿ quién ha de suceder en el Imperio ?
Rhad. ; Quién ! vos , Señor , que fuisteis
su homicida ,

vos debéis sucederles en el Reyno ?

Pharás. ; En mi corte me insultan
ola

ola Guardias...
Hier. ¿Qué es lo que haceis, Señor? tened respeto á los Embaxadores.

Pharím. Pues dad gracias á ese nombre sagrado, que venero, con que Neron os honra; mas bien pronto vengaré con rigor el mas sangriento vuestra grande osadía; y sin embargo, creedme, y á pesar del nombre vuestro mi cólera evitada, volved hoy mismo á instruir á Neron en el aspecto, con que yo he recibido su embaxada.

ESCENA III.

Rhadamisto, Hieron.

Hier. ¿Qué atentado? Señor, ¿cómo haceis eso?

Rbad. Hieron, yo no he podido contenerme:

ademas, que aseguro mis intentos su colera irritando: no me resta para llenar de Roma los deseos, mas que turbar la Iberia, y cauteloso atraer un partido, que soberbio conserva cierto Rey en esta corte, pretendiendo de Iberia hacerse dueño: de Pharásmanes todos los vasallos disgustados de ver que les ha expuesto su ambicion sola á tan terrible guerra, enemigos son suyos en secreto; sus espíritus, pues, ya conmovidos, mas y mas irritarlos procuremos; atraigamos tambien á su hijo Arsames para que vengarnos de su padre fiero; pues un padre cruel, un Rey tan malo, no merece tener hijo tan bueno.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Rhadamisto solo.

¡Mi hermano solicita hablarme á solas!
 ¿Si me conocerá? pero veamos que es lo que intenta: todo se aventure.

¡O Dioses vengadores! ya ha empezado mi altivo corazon á lisonjearse de una dulce esperanza: no, mi hermano

no me hablaria á solas si un vil padre no le hiciera cruel mudar los rasgos de su respeto, y sumision... ¡Ay triste!

Arsames sale a este tiempo.

¡O victima infeliz! ¡o Rey tirano!
 no soy solo el objeto de tus iras.

ESCENA II.

Rhadamisto, Arsames.

Arsam. Señor, sin quebrantar vuestro sagrado,

¿podré hablaros con toda confianza?

¿podré esperar que Roma oiga mi llanto,

y no confunda al padre con el hijo?

Rbadam. Aunque el Rey mi respeto ha profanado,

Roma, á quien son notorias vuestras prendas,

su favor está pronta á dispensaros.

Arsam. ¿Qué tanto temo, Señor, que en este dia,

mudareis de concepto al ver que os hablo!

Con efecto, por grande que se muestre el dolor que me aflige; yo quebranto

de la fidelidad las santas leyes:

declarada la guerra, aun en miráros

soy traidor á mi padre, y á mi patria;

bien lo estoy conociendo, y sin embargo hoy me obliga á implorar vuestros fa-

vores

un padre rigoroso, un Rey tirano,

zeloso de mis dichas. No pretendo,

aunque tan delinquenté, que mis daños

se venguen con la muerte de mi padre;

aunque de su rigor sea yo el blanco,

respeto sus hazafias tan gloriosas;

su furor es verdad, que ha sofocado

el amor natural aun de su sangre;

bien probó su impiedad mi triste her-

mano,

digno por su valor de mejor suerte...
 ¡Ay de mí, qué dolor me está causando

le memoria infeliz de su desgracia!
 su mismo padre fué, quien inhumano
 le dió muerte cruel; igual destino
 sin duda que me está ya amenazando,
 pues ¿por qué he de esperar mejor for-
 tuna,
 siendo mejor que yo mi triste hermano?
 mas no es, Señor, el miedo de la muerte
 el que me trae á vos, otro cuidado
 me conduce á implorar vuestras piedad.

Rhad. Principe, hablad, seguro de mi araparo.

Movido aun mas que vos contra esa
 fiera,
 y de vuestra virtud todo prendado,
 de vuestras penas entro yo á la parte:
 templarais el dolor sabiendo quanto
 me intereso por vos: hablad sin miedo:
 ¿quereis que se armen todos los Ro-
 manos?
 pues vivid persuadido á que mi pecho
 de una misma venganza está animado;
 ¿quereis que se conquisten los Arme-
 nias,
 y rendirlas á vos? habladme claro.

Arsam. ¿Qué agenos son de un hijo los consejos,

que me acabais de de dar! ¿yo quebran-
 tando

la fe á mi patria, y á mi Rey debidas,
 he de mover contra ellos los Romanos?
 si á costa de traicion tan alevosa
 se han de cumplir mis votos, ya no
 aguardo

de vos favor alguno; permitidme
 que en el estado triste, en que me hallo,
 busque la proteccion de la gran Roma,
 en cuya humanidad los desgraciados
 logran igual apoyo que en los Dioses:
 una esclava infeliz, á quien el hado
 tiene cautiva en manos de mi padre,
 es la que busca en mi todo su amparo:
 una esclava infeliz, mas tan amable,
 tan digna de otra suerte, que juzgando
 su cuna por las prendas que la ilustran,
 no se puede dudar su origen alto;
 esta es, Señor, mi bien, mis dichas
 todas,

y el solo objeto á quien mi amor con-
 sagro;

mas mi padre cruel pretende, ¡ay triste!
 del amor de esta esclava penetrado,
 privarme de este bien, que solamente
 mi felicidad era, y mis cuidados.
 En esta situacion solo me resta,
 librarla del poder de este tirano,
 aunque prive á mi vista de un objeto
 tan digno de mi amor, y tan amado.

Rhadum. Yo os ofrezco el asilo que
 puede

un hombre casi solo en Reyno extraño
Arsam. Y es lo único, Señor, que
 deseo;

voy pues á disponer lo necesario
 para la marcha. No sé quien me inspire
 un consuelo interior en el quebranto
 de alexar de mi vista el solo objeto,
 en cuyo triste amor todo me abraso:
 sin duda que el dolor templará la dicha
 de ponerla, Señor, en vuestras manos.
 Y en premio de un favor tan excesivo,
 ¿qué os podrá retornar un desgraciado?
 Nada puedo ofreceros, solamente
 del bien que haceis el mismo bien en
 pago.

Rhadum. Ni pretendo otra cosa; solo
 quiero

me trateis para siempre como á her-
 mano:

dignas hacerlo así, Principe amable.
 Mas decidme, por qué estais empeñado
 en sufrir de un vil padre los rigores?
 ¿Por qué así abandonais el dulce en-
 canto

de vuestro corazon? Venid conmigo,
 venid á Roma, pues mi amor agravio
 en dexaros expuesto á los insultos
 de vuestro padre: si supierais quanto
 me intereso por vos, no recelais
 descubrir vuestro pecho, y aun acaso
 acompañarme á Roma.

Arsam. Yo no puedo
 seguir unos consejos temerarios,

é indignos de los dos: mi Rey, mi pa-
 dre

mañana parte á Armenia, y á su lado
 llevar pretende su adorable objeto:
 ella misma impaciente espera hablaros
 A Dios Principe.

ESCENA III.

Rhadamisto solo.

¿Así, bárbaro padre,
contra tu sangre así te has declarado?
Pues teme que esta misma, tantas veces
cruelmente ultrajada por tus manos,
contra ti se declare; aunque es tan
grande
la virtud, y el respeto de mi hermano,
ya el amor le domina, y no respeta
este fuego voraz los mas sagrados
vínculos de amistad, y aun de la san-
gre....

¿Pero qué es lo que digo? intento es
vano
de Arsames seducir el pecho noble...

¿Merecias un hijo tan contrario
á tus bárbaras máximas? ah padre!
tu acrecientas sus zelos; sin embargo,
él cada vez es mas sumiso; ¡ó Dioses!
¡qué exemplos de virtud me da mi her-
mano!

¡imitémosle pues; ¿pero qué digo?
nuestro insensible padre me está dando
de su fiereza exemplos; y el derecho
con respeto á los padres no es mas san-
to,
que el que éstos deben á sus mismos hi-
jos....

Mas ya viene Hieron.

ESCENA IV.

Rhadamisto, Hieron.

Rhad. Amigo amado,
se frustró mi esperanza: no hallo ar-
bitrio
de seducir á Arsames: ¿qué esperamos
quando aun el amor mismo no le vence?
¡qué grande es su virtud; y que con-
trarios
todos sus procederés á los míos:
vamos pues que ya el Rey se ha pre-
parado
para marchar á Armenia, vamos pronto,
cumplamos mi destino: ya no aguardo
mas que á la bella esclava, á quien mi
padre

con mil ansias desea dar su mano.

Hier. Mirad, Señor....

Rhad. No, no hay que persuadirme:
puede ser contribuya este atentado,
á mis vastos proyectos: esta esclava,
cuyo mérito grande es el encanto
de mi padre cruel, será un garante,
que interesará mucho á los Romanos.
Ademas, ¿cómo puedo yo negarme
á los instantes ruegos de un hermano
tan digno de mi amor?... Mas ya se
acercas.

Retírate, Hieron, y guarda el paso,
mientras hablo con ella.

Hier. Os obedezco.

ESCENA V.

Rhadamisto, Zenobia.

Zen. Señor, hoy una esclava, á quien
los hados
tienen presa en poder de un Rey in-
justo,
implora la piedad de los Romanos.
¿Qué ocupacion mas digna de unos
heroes
dueños del mundo, que enjugar el
llanto
de esta esclava infeliz?

Rhad. ¡Ay de mí triste!
¡qué escucho! ¡ay infeliz! ¡qué es-
toy mirando!

Zen. ¿Qué turbacion, Señor, es la que
os causa...

Rhad. ¡Dioses justos!... Si no hubiera
privado
de aquella amable vida en el Araxes....

Zen. ¿Qué enigma es este, Dioses, ó
que encanto?

¿Qué objeto se presenta hoy á mis ojos?
¡Memorias infelices, desgraciados
recuerdos de aquel tiempo!... ya las
fuerzas

me faltan á la vista de un tan raro
prodigio: disipa mis confusiones,
sacadme ya, Señor, del sobresalto.

Rhad. No hay que dudarle, no, Zeno-
bia es esta.

á Zenobia.

Victima de un amor desesperado,
de un esposo cruel, cuyo delito

todo de horror me llena al contemplarlo
decidme finalmente, ¿ sois Zenobia ?
Zen. Zenobia soy, cruel, mas no he dexado

de amarte con fineza como á esposo.
Rhad. Yo he sido, lo confieso, un inhuma-

mano,
un traydor, un perjuro, un parricida,
¡ pluguiera al cielo hubieras olvidado
mis delitos atroces, y hasta el nombre
cruel de Rhadamisto ! ¡ cielo santo !
pues me restituís hoy una esposa
tan amable, ¿ por qué no la habeis
dado

otro esposo mas digno de sus prendas?
¡ ó Dioses! que sin duda penetrados,
de mis remordimientos, y desgracias,
me dáis el gran consuelo no esperado
de ver á mi Zenobia... pero ¡ ay triste !
¿ donde la encuentro ? ¿ y cómo ? en el
palacio

de un Rey el mas cruel ; entre prisiones:
¡ ó victima infeliz!... ¡ mas ay ! ¿ llorando
están tus bellos ojos ? ¿ qué motivo....

Zen. ¿ Cómo no he de llorar en este infausto

momento ? si los Dioses compasivos,
hubieran permitido que tus manos,
solamente en la sangre de tu esposa,
bien que inocente, hubiesen explicado
tu furor vil, mi corazon entonces
rebotando alegría, y celebrando
tal vez extremos de tu amor zeloso,
mis dichas completara entre tus brazos:
mas no por esto dexo de mirarte
con el amor de esposa ; yo te amo,
querido esposo mio.

Rhad. ¡ O virtud suma !

¡ ó noble corazon ! teniendo tantos
motivos de mirarme con enojo,
no solo aborrece á este inhumano,
sino que le ama... No te compadezcas,
mi Zenobia, tu esposo desgraciado,
tu esposo mismo pide la venganza:

Arrodillase.

puesto á tus pies, querida esposa,
aguardo
castigues de una vez mis crueldades:
hiere mi pecho, venga tus agravios:
toma mi espada misiva, no te turbes,
advierete que mis culpas perdonando
te haces cómplice en ellas; hiere, acaba,

derrema ya la sangre de este ingrato
¿ qué te detiene pues ?... ¡ mas ay !
olvides,

que en medio de mi furia te he amado
como á mi único objeto : si, Zenobia,
tu tierno amor, los zelos me empu-

ñaron
en las atrocidades, que detesto,
y con horror ya miro.

Zen. Perdonado

estás ; levanta, y sabe que los cielos
el castigo de objetos tan amados
no han dexado al arbitrio de los hom-

bres.
Desde este mismo instante te aconsejo

paslo:
dispon ya de tu esposa, que celebrando
ver tu arrepentimiento, no dudando
nace de tu virtud. ¡ O si la Armenia
este exemplo imitara, y en tus manos
depositára el cetro ! ¡ qué felices,
que felices serian los trabajos

de tu amante Zenobia, si algun dia
pudieran ser de exemplo á tus vasallos

Rhad. Cielo justo ! ¿ es creible que tú
maneo

uniese con los vínculos sagrados
tanta virtud como en Zenobia admitida
á los vicios que en mí causan espanto
¡ Es posible que pueda lisonjearme,
de que la cruel muerte que yo he dado
á tu padre infeliz, de que el carísimo,
en que se abrasa el pecho de mi her-

mano,
ese Príncipe amante, y generoso,
no te hagan detestar á este malvado ?
¿ Qué en fin me amas, y antepones á

el amor de tu esposo á los alhagos
del virtuoso Arsames ?... ¿ mas qué digno
puede ser que éste logre afortunado
tu dulce, y libre amor, quando yo
tomo

que si me hablas amante, será acaso
por mostrarte obediente á las estrechas
leyes del matrimonio.

Zen. Temerario,

dexa esa vil sospecha, ó á lo ménos
sofócala en tu seno, y hazte cargo,
que si mi pecho supo perdonarte,
dudar de su constancia es agraviarlo.

Rhad. Perdona, amada, y fiel esposa
mia,

¿ mi funesto amor los zelos vanos,
con que te agravia : cuánto mas in-
digno

es tu esposo de ti , tanto mas hallo
que debes perdonarle : amada esposa,
suspende tus enojos , y mis pasos
dignate ya seguir : vamos á Armenia,
de cuyo cetro Cesar me ha nombrado
Señor : la fama de mi nombre horrible
harán se desvanezca mis contrarios
procederes. En este mismo sitio
me puedes aguardar, miétras yo hablo
á mi enemigo padre, nada resta
ya para nuestra marcha ; en breve rato
la noche ayudará nuestros designios.
A mi amigo Hieron , que es el enviado
de la Armenia , fiar muy bien se puede
nuestro proyecto. ¡ Dioses soberanos,
dadme un corazon tal, qual corresponde
á el favor que me haceis de que en
mis brazos
vea otra vez á mi Zenobia amada !
A Dios esposa.

Zen. A Dios , esposo amado.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Zenobia , Phenisa.

Phen. Deteneos Señora ; ¿ qué no puedo
saber de vuestras penas yo la causa ?
Yo que á vuestra fineza he merecido
las mas interesantes confianzas,
he de ignorar quien mueve vuestro
llanto ?

Arsames va á morir , Arsames marcha:
desterrado de Iberia , y persuadido
á que vos no le amais , ya se prepara
á llorar vuestra pérdida en la Isla
de Colchos. ¿ Suspirais ? ¡ qué ! ¿ sus-
pirais desgracias
excitan vuestras lágrimas ? Señora,
¿ os debe Arsames generoso tanta
ternura ?

Zen. Déxame : léjos , Phenisa,
de fiar mi dolor , ¡ ó si lograra
borrar con estas lágrimas su afrenta !
No interrumpas que libremente salgan.

15
mi llanto , y mis suspiros... Esta no-
che
del enviado de Roma acompañada,
voy á salir de Iberia. A Dios : Phenisa,
déxame sola.

ESCENA II.

- Zenobia sola.

¡ O noche mas que infausta !
¿ á dónde voy ? ¿ á dónde me conduce
una obligacion ciega ? Soberanas
deidades , ¡ ó qué triste es mi destino !
Aquí estoy esperando... ¿ á quién ?...
El alma
se estremce al pensarlo ; á un homi-
cida,
á un perjuro , á un hombre que las
santas
leyes de la naturaleza ha quebrantado:
¿ he olvidado acaso que su rabia
sacrificó á mi padre ?... ¿ Mas qué
digo ?

de Arsames el amor , en que se abraza
mi corazon indigno, es quien me obliga
á este furor extraño ; él me retrata
los vicios de mi esposo : yo seria
mas delinqüente que él , sino apagára
este amor tan injusto : sofoquemos
de Arsames la violenta , infeliz llama:
mi esposo ha de reynar solo en mi pe-
cho:

por bárbaro que sea , nos enlaza
un nudo indisoluble ; es un presente,
con que los santos Dioses me regalan,
y me impiden mirarle con enojos:
y aun por esto ¡ ay de mi ! no sé que
extraña,
y tierna conmocion sentí á su vista:
tiene un grande poder sobre las almas
virtuosas Himeneo... ¿ Mas quién vienes ?
Arsames es.

ESCENA III.

Zenobia , Arsames.

Ars. ¿ Qué estrella afortunada
me dexa veros otra vez , Señora ?
Zen. Ay Arsames quizá será contraria.

Huid

Huid de mí si acaso amais la vida.

Ars. ¿Qué en fin está mi muerte decretada?

Pues que os pierdo, Señora, ¿qué me sirve

la vida? no la quiero; solo aguarda el infeliz Arsames, que los Dioses le concedan morir á vuestras plantas. Si lograra la dicha, amable Ismenia, de que correspondieseis á mis ansias, moriría gustoso... ¿Mas qué es esto? ¿Qué! ¿vos llorais? ¿os mueve mi desgracia?

Zen. ¡Ah, Señor! sofocad en vuestro pecho

ese funesto amor que os arrebató. Vos veis mi turbación: compadeceos de esta infeliz, que se halla precisada á pedirlos que huyais: temed las iras del mas fuerte rival: si alguna gracia hallé yo en vuestros ojos concededme

este favor que os pido con instancias.

Ars. ¿Pues hay otro rival que temer pueda además de mi padre?

Zen. ¿Y qué, no basta para haceros temer, quando no haya otro?

Huid, Señor, el llanto que derraman mis ojos infelices os conmueva.

Ars. ¿Si el enviado de Roma á sus palabras faltará? ¿ó Dioses! ¿si será acaso este

el rival tan terrible? ¿qué desgracia! ¿rivales siempre, y nunca ser amado! Amable Ismenia, es vana la esperanza de que yo os abandone; yo no puedo. Dignaos decirme pues, qual es la causa

de que os vea otra vez en este sitio. Hablad, Señora, ¿por ventura faltan á la fé prometida los Romanos?

¿Posible es que mi amor de vos no alcanza

de ese funesto llanto los motivos? ¿Para no amarme, es fuerza ser ingrata, y ser impia?

Zen. Arsames, no, no es digno mi corazón sensible de la infamia,

con que vos lo tratais; no, no es el grato:

en prueba de ello ved, que ya os es clara

el secreto mas grande... Ya la sueta de mi mano ha dispuesto.

Ars. ¿Soberanas deidades!

Zen. El Romano, en cuyo auxilio vuestro corazón noble confiaba, ese mismo es mi esposo.

Ars. ¡Ay desgraciado!

César, César el mismo me arrebató.

Zen. Calmad vuestro furor: mi amado

esposo no es digno de esa cólera irritada, y sí de compasión; aunque temible, con él un dulce vínculo os enlaza: finalmente sabed, que es Rhadamisto

Ars. ¿Mi hermano!

Zen. Sí, el dueño de mi alma.

Ars. ¿O Dioses! ¿vos Zenobia! Yo

mi pecho

un amor tan culpable fomentaba?

¿Qué me decis, Señora? ¿Es este

pago,

qué reservabais á mis tiernas ansias?

Zen. Bien sabeis resistí quanto es posible

este secreto: ved la confianza que me debeis: el nombre de Zenobia

su honor atenta á conservar sin mancha,

os obliga á apagar esos incendios, que si ántes eran gratos, hoy

agravan...
¿Mas quién abre la puerta?... Hieron.

ESCENA IV.

Rhadamisto, Zenobia, Arsames, Hieron.

Rhad. ¿Mi hermano á solas habla con Zenobia?... Hieron, vete á apartarme.

vase Hieron.

Señora, todo está para la marcha prevenido, ninguna cosa resta

mas que los breves ratos ; que ya tar-
dan
de la noche.

Zen. Pues todo está dispuesto,
nada aquí me detiene : de esta esclava
determinad , Señor , á vuestro arbitrio,
á vuestras leyes todo se consagra
mi corazón.

Rhad. ¡ Ah pérfido !... Instruido *Aparte*.
Príncipe , del rigor que os amenaza,
en vista del furor de vuestro padre,
veros en este sitio no esperaba ;
mas resuelto á dexar ya para siempre
el adorable objeto que os encanta,
á pesar de la muerte que os prepara.

Ars. Este gusto , Señor , este momento
no es fácil lo malogre quien bien ama.
Ya veo llegó el tiempo , en que sofoque
esta dulce pasión , en que arde la alma ?
mas ántes de alexaros , permitidme,
os diga francamente lo que extraña
mi corazón idioma tan zeloso,
tan impropio , y tan otro del que osaba
vuestra suma bondad en este sitio,
quando en vos puse toda mi esperanza.
Ese rival , que me pintais terrible,
no me da que temer si se compara
con vos : ya no es posible contener-
me :

mi fino corazón de gozo salta :
vanamente me esfuerzo á reprimirlo :
y así como mi pecho se declara,
¿ por qué me habeis negado , hermano
mio,
la dicha de abrazarte ? llega , abraza,
tu hermano soy , depon ese semblante :
¿ es , di , esa turbacion ocasionada
de que amé tiernamente á tu Zenobia ?
perdoname , pues sabes que ignoraba
quién fuese.

Rhad. ¿ Con qué en fin te ha revelado
Zenobia este secreto ? ¿ en fin quebranta
una fé , en que mi vida se interesa ?
No puedo aprobar yo la confianza,
que debes á Zenobia , y á mi exem-
plo
bien sabes , que debía reservarla :
yo no sé que recele de mi esposa,
quando es infiel , quando á un secre-
to falta.

Ars. ¿ Como di , hermano , á producir
te atreves

sospecha tan indigna , y temeraria ?
¿ Como...

Zen. Dexad , Señor , que así se expli-
que :

rezelos viles , y sospechas vanas
son dignas del esposo de Zenobia :
aun no le conoceis : puesto que ultrajas
mi fé con zelos , Rhadamisto , escu-
cha.

¿ De qué te quejas ? di , ¿ de qué me
ama

tu hermano ? Aunque así sea , aunque
le amase,

¿ yo te ofendia ? ¿ Arsames te agraviaba ?

¿ No quedé árbitra yo de mi cariso,
de tu muerte esparcida ya la fama ?

Himeneo , es verdad , nos unió aman-
tes ;

¿ mas qué acción fundas tú sobre esta
alianza ?

Acuérdate , cruel , de que mataste
á mi padre infeliz , de que á las aguas
del Araxes tú mismo me arrojaste,
recorre , si es posible las desgracias
de que fuistes autor , y entonces juzga,
si á tus cenizas justo fue guardarlas
una fé sin violar hasta el sepulcro.

Arsames , si , tu hermano me estimaba ;
pero zelosa yo de que tu nombre
corriese libremente sin la infamia
de tu vil proceder , y atrocidades,
me debiste el estudio de ocultarlas :

no por esto pretendo persuadirte,
á que yo me ofendí de la constancia
de tu hermano : le amé , sí , lo con-
fieso :

y esta expresion , que nunca él escu-
cha,

se la debe á los zelos , con que indigno
mi corazón , mi fé , y amor agraviás ;
mas aunque así lo ultrajes , mira un
rasgo,

que disipa tu vil desconfianza.

á Arsames.

Príncipe , llegó el tiempo , en que es
forzoso

olvidar ese , amor ; mi real prosapia,
mi conducta , mi nombre , todo , Ar-
sames,

C

que

que mi cariño abandoneis os manda:
mi esposo vive, y éste solamente
ha de reynar en mí: si á vuestras an-
sias

fui sensible algun tiempo, hoy estas
mismas

provocarán mi enojo, y mi venganza:
y así, Príncipe, huid de mi presencia,
huid de aquí, temed las amenazas
de una muger amante, á quien da im-
pulsó

la fé debida, que á su esposo guarda.

á *Rhadamisto*.

Tú *Rhadamisto*, al punto que la noche
sus negras sombras por la tierra es-
parza,
verás que vuelvo aquí, donde en tus
manos

mi libertad pondré, mi vida y alma:
bien penetro tus zelos, mas *Zenobia*
de su fidelidad asegurada,
no tiene que temer: á tus rezelos
supera su virtud, nada la espanta. *vase*.

Rhad. ¡Qué es esto, Dioses! ¡mi zelosa
furia

á un mismo tiempo á mi *Zenobia* in-
fama,

y á mi hermano! A Dios, Príncipe,
que marchó

á pedir humillándome á sus plantas,
que mi amante *Zenobia* me perdona;
perdona tu tambien mi torpe falta.

ESCENA V.

Arsames Solo.

¡En fin, *Zenobia* mia, amable objeto,
de *Arsames* para siempre te separas!
Amor, bárbaro amor, ¿Para afligirme
la crueldad fué acaso necesaria
de buscar en mi sangre mi contrario?
huyamos de aquí; huyamos de una es-
tancia

donde todo es horror... pero *Mitrane*...
¿Qué me querrá?

ESCENA VI.

Arsames, Mitranes, Guardias.
Mitran. Señor, el Rey me manda,

sin que mi humilde ruego haya
dido

mitigar su furor...

Ars. Di pues, acaba.

Mitran. Me ha mandado, Señor, que
lleve preso.

Ars. Está bien, ¿pero sabes por qué
causa?

Mitran. No comprehendo el motivo; mas
yo temo,

Señor, segun su cólera extremada,
que está en grande peligro vuestra
vida:

nunca he visto del Rey la adusta cara
tan llena de furor, despide fuego,
su boca espuma, envuelta en amenazas
contra vos, y tambien contra el es-
viado

de los Romanes, á uno y otro os lla-
ma

traidores: finalmente...

Ars. Ya penetro
su designio. ¡Deidades sacrosantas!
¡Cruel destino! llegó el último día
de este infeliz; pero en congoja tanta
dadme, ó Dioses, la dicha de que vos
libre á mi hermano, y á su espos
amada.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Pbarásmanes, Hidaspes, Guardias.

Pbar. ¿Qué es lo que escucho? *Hidas-*
pes, ¿es posible
que en el Príncipe, *Arsames*, cabra
pueda

traicion tan alevosa? ¿Mi hijo indigno
tan fiel en otro tiempo, quién creyera
que se habia de unir á mis contrarios?
¿Aquel amable hijo, cuyas fuerzas
eran todo mi asilo contra Roma,
olvida en tal extremo la obediencia,
y la fidelidad debida á un padre?

¡Ah infiel *Arsames*! el amor de *Ismenia*
te obliga á ser traidor contra tu Patria,
y contra el Rey tu padre; ¡qué vilera
mas vanamente, Roma, has seducido!

¿ el enviado de Roma di que venga.
Vase Hidaspes.

Delante de él espero confundirte,
ó escuchar á lo ménos tus respuestas:
veremos ó traydor, como procuras
indemnizarte á vista de las pruebas,
qué tu traicion convencea; y veremos,
si ese Romano, cómplice en tu afrenta,
con su valor excusa mi venganza.

En vano, Arsames, expondrás aquella
suma fidelidad, y antiguo zelo.
Ars. Con él mismo, Señor, mi fé os
venera.

Pharás. ¿ Qué haya podido yo enge-
ndrar á un hombre,
que se une á los Romanos, cuya es-
trella
siempre ha pugrado, siempre con la
mia!

¿ ó Dioses soberanos! me avergüenza
solamente el pensarlo, me extremece
una memoria tal, de horror me llena.

Ars. Señor, esos ultrajes tan indignos
de mi lealtad suma, nada prueban,
ni son del caso; si es que to merezco,
aquí está mi garganta ya dispuesta
á sufrir el cuchillo: no lo temo:
ni espereis de vuestro hijo la baxeza
de rogar por su vida; aunque él pu-
diese

de este modo abatirse, vanas fueran
sus esperanzas: sabe bien Arsames,
que son para su padre las sospechas,
aunque leves, un crimen ya probado;
y quanto mas, Señor, si se hallan
estas

en un hijo, á quien miran vuestros ojos
como á rival, y para quien se encierran
vuestros oidos, quando dar procura
satisfaccion á las calumnias vuestras.

Pharás. ¿ Qué tienes que alegar, vil,
en tu abono?

Ars. Mi virtud acredita mi inocencia:
si yo fuera traidor, de ningún modo
viniera hoy á buscaros á la Iberia.

Pharás. ¿ Pues si eres tan leal, por qué
motivo

á solas hablas con quien no debieras?

¿ Es, di, ser fiel tratar con el Romano,
quando sabes el odio que me alienta?

¿ un temerario Príncipe; no creas
de este modo estorbar mis intenciones;
la muerte sola puede contenerlas:
un enemigo mas nada me asusta:
ese proceder vil, Roma, esa ofensa
no hace mas que ofrecer un nuevo ob-
jeto

á mi justo furor: no hay diferencia
entre mi hijo, y qualquier otro Ro-
mano.

Hidaspes, ¿ el enviado de la Armenia
que dice en fin? ¿ le obliga la espe-
ranza
de mi favor, ó acaso en el sistema
de los Armenios obstinado insiste?

Hidas. Señor, no he perdonado á dili-
gencia,
que pueda reducirle; pero en vano:
ó bien porque mayor fortuna espera,
ó por desempeñar bien su embaxada,
inútiles han sido las promesas,
que te hice en vuestro nombre.

Pharás. No hay arbitrio:
es forzoso llevar hasta las puertas
de Roma mi estandarte; y de este modo
vengar de estos tiranos la soberbia.

¿ Quanto es lo que aborrezco á los Ro-
manos
el nombre solamente, la presencia
de ese Embaxador vil, todo me irrita:
sin duda de este infiel es la violenta
persuasion, que á mi hijo ha seducido:
no hay que dudarle, y crece esta sos-
pecha

al ver, que aquí llegaron casi á un
tiempo...

¿ Pero quién á mi vista se presenta?
El traidor es.

ESCENA II.

*Pharásmanes, Arsames, Hidaspes,
Mitranes, Guardias.*

Pharasm. ¡ Ah perfido hijo Arsames!
¿ Mas que prorrumpo? puede ser que
sea
ya en su interior aleve parricida.

Esclavo de Neron, ¿ qué es lo que in-
tentas?

¿ Qué te conduce á este lugar? Hidaspes,

Una de dos, ó estás premeditando vengar al Rey tu padre, ó sino piensas serle traidor, en esto no hallo medio: ¿ Por qué hablas? di, disipa mis sospechas.

Ars. No me está permitido revelaros un secreto, Señor, cuya reserva he jurado á los Dioses vengadores.

ESCENA III.

Pbarásmanes, Arsames, Mitranes, Hidaspes, Guardias.

Hidas. El enviado de Roma, y el de Armenia...

Pbarásm. ¿ Qué sucede?

Hid. Han tenido atrevimiento de robaros de aquí, Señor, á Ismenia.

Pbarásm. ¡ O Dioses! ¡ Ah traidor! no, ya no esperes

vivir. Mis Guardias todas, que dispersas estan, ve, Hidaspes, luego á reunir las.

Hid. Ya todas marchan con veloz carrera dando alcance al enemigo.

Pbarásm. ¡ O Roma, cuánto siento que no puedas

ver doy principio á mi venganza justa!

Hoy de tu Embaxador la triste escena...
va á salir.

Arsames, deteniéndole.

Padre, y Señor, templad vuestros enojos:

yo no os dexo, aunque aqui mismo muriera:

escuchadme Señor: todo el secreto mi leal corazón ya os manifiesta.

No es Romano á el que sigue vuestra guardia:

su origen es mas alto, su ascendencia aun dentro de esta Corte siempre ha sido,

y será respetada: os conmoviera, os llenara de horror su infeliz muerte, llegando á conocer su sangre excelsa; finalmente sabed, que aqñese enviado, que os arrebató del palacio á Ismenia, ese mismo es su esposo, y ese mismo....

Pbur. Calla, impostor, que vanamente intentas

apagar el furor que arde en mi pecho.
Arsam. A lo ménos, Señor, mi amor debía

seguiros; yo os empeño mi palabra de apoderarme del Romano.

Pbur. Cierra,

cierra esa boca, pérfido: Mitranes, ponle preso en la cárcel mas estrecha.

Tú, Hidaspes, sigueme: hoy ha de ver Roma

una llama del fuego que me alienta.

ESCENA IV.

Arsames, Mitranes, Guardias.

Arsam. ¡ Qué abandoneis, ó Dioses, á mi padre

á el furor que le anima! ¡ qué hoy la tierra

se ha de llenar de escándalo, y de horrores,

viendo el amor y la naturaleza objeto triste del rigor mas grande!

¡ Qué desgracia! ¡ Ay de mí! que yo debiera

haber manifestado al Rey su hijo!

mas segun su carácter, esta nueva quizá hubiera aumentado, si es posible

su extremado furor: ¡ noche funesta! ¡ dia fatal! ¡ ó Dioses! concededme

morir al punto; mas mi muerte sea para salvar á Ismenia, y á su esposo.

Si eres sensible, amigo, á las miserias de un desgraciado Príncipe, no dudó

que en los breves instantes que me restan hallaré en ti consuelo: no imagines

que imploro tu piedad, porque con ella salves mi triste vida, no, Mitranes;

mi objeto sí, es librar la sangre excelsa del enviado Romano, y de su esposa:

¡ ó Mitranes! ¡ si tú le conocieras! á costa de tu vida le salvaras:

sigueme pues, ayúdame á esta empresa ó á lo ménos merezcan mis suspiros

me conduzcas del Rey á la presencia.

Mitr. Lo confieso, Señor; vuestras gracias,

vuestro dolor mi corazón penetra; mas debo obedecer á vuestro padre.

Arsam. No hay arbitrio, mi fe en vano es.

esfuerza...
 Pero qué miro el Rey trae en la mano
 un sangriento puñal: ¡ó qué tragedia
 mi corazón anuncia! mi querido
 hermano fué ya víctima sangrienta
 de las crueles iras de mi padre:
 ¡ó Dioses! ó fortuna siempre adversa!

ESCENA V.

Pharásmanes, Arsames, Mitranes, Hidaspes, Guardias.

Pharásmanes, con su puñal en la mano.
 Ya he vengado mi injuria: á el enemigo
 de mi palacio mismo hallé en las puertas;
 tal estrago su furia hizo en mi gente,
 que cubrió de cadáveres la tierra:
 todos se paskan, y el feroz Romano,
 á cuya valentia daba fuerza
 la inacción de mis guardias, y el deseo
 de recobrar á su adorable Ismenia,
 dos veces se abanzó hasta mi Palacio,
 y al ir á apoderarse de su prenda,
 indignado de tal atrevimiento,
 á pesar de los suyos que le cercan,
 le alcanzó finalmente, y en su pecho
 de su osadfa este puñal me venga.
 Ve Arsames, á partir con el Romano
 el premio justo á su traicion horrenda,
 marcha á verle acabar su triste vida
 entre los brazos de su dulce Ismenia.

Arsam. ¡En fin ha muerto! ¡Dioses!
 ¡Padre mio!

Sed piadoso una vez; herid mis venas:
 no os detengais; la vida ya me cansa.
 ¡Para ser yo testigo de su afrenta, (ap.
 me concedisteis, Dioses, el que viesse
 á mi infeliz hermano!...

Pharásmanes. ¡Por qué muestra
 tanto dolor Arsames en la muerte
 de un Romano tan vil, quando debiera
 celebrarla mejor, viéndose libre
 del que decia esposo ser de Ismenia?
 ¿Qué será pues la causa de su llanto?
 ¿Qué misterio sus lágrimas encierran?
 Y lo que es de extrañar, ¿por qué yo
 mismo,
 á pesar de mi enojo, y mi fiereza
 me ciento penetrado de su muerte?
 oigo una voz, á cuyos ecos tiembla

todo mi corazón. ¡Dioses! ¿qué es
 esto?

¡Es tan amable á vos, es tan excelsa,
 es tan santa la sangre de un Romano,
 que no se vierte sin ofensa vuestra?

¿Qué mi delito ha sido? ¿no me vengo
 de un delinquente, que en mi corte
 mesma llegó á insultarme? ¿pues por
 qué motivo,

quando vierto su sangre, me penetra
 el mismo fatal golpe, que á él le hiere
 y en mí parece que la sangre hiela?
 Además, yo advertí que este Romano,
 que avaro de mi sangre le creyera,
 quando fui á dar el golpe se detiene,
 y á costa de su vida me respeta:

¡ay Arsames! descubreme el misterio,
 que me conmueve todo, y no me dexa
 sosogar un instante; acaba, acaba,
 ó muero á impulsos de mi triste idea.

Arsam. ¡Ah, Señor! que es en vano ese
 quebranto,

que el corazón os parte; mejor fuera
 lo alexaseis de vos, y al mismo tiempo
 olvidaseis tambien la sangre vuestra.

Pharásmanes. Habla, Príncipe, ya; tu voz me
 causa

un nuevo sentimiento, que me inquieta
 y llena de cuidado... ¿Mas qué veo?
 ¿qué objeto, Dioses, mi dolor aumenta?

ESCENA ULTIMA.

*Pharásmanes, Rhadamisto, Zenobia,
 Arsames, Hieron, Mitranes, Hidas-
 pes, Phenisa, Guar-
 dias.*

Pharásmanes. ¿Qué buscas infeliz, en este
 sitio?

Rhad. Los últimos suspiros que me restan,
 vengo á darlos, Señor en vuestra vista.
 No penseis no, que intento daros quexa
 de mi muerte; los Dioses soberanos,
 los Dioses, si, castigan sus ofensas.
 Justo era que llegase ya el castigo.
 A Dios, Zenobia; ya los Dioses vengan
 á Mitridates.

Pharásmanes. ¿Qué es lo que yo escucho?
 qué sangre he derramado! ¿quién cre-
 yera

ser este mi hijo? mas ¡ay de mí! ¿qué muerte podía ocasionarme tantas penas, y tan cruel zozobra? A mi hijo he muerto: véngate ya de mí naturaleza.

Rhad. Al ver la sed que vos manifestabais de mi sangre, la ira, y la fiera con que la perseguiste, no dudaba que conociais era sangre vuestra.

Pbar. ¿Para qué lo ocultabas? ¡desgraciado, infeliz padre!

Rhadam. Tal es la extrañeza, con que habeis vos tratado á vuestros hijos, que juzgué en vano daros esta nueva: y gracias á los Dioses, que no obstante

mi rabia, mi furor, y mi soberbia, me acordé que erais vos el que me disteis

el ser... ¡ Santos Dioses!... ya las fuerzas

me faltan... ¡ infeliz!... pero dichoso, pues si pierdo á Zenobia, el dolor templa

la dicha de que vuelvo á ver mi padre:

no floreis padre, no, enjugad las tieras lágrimas, que derraman vuestros ojos. Hermano mio, abraza, llega, llega... Yo muero... *Cae.*

Zenob. ¡ Cielos! si es que la justicia habiais de mostrar de esta manera, ¿ para qué habeis vengado á Mitridates?

Pharásim. ¿ Estás ya, di, fortuna satisfecha?

Arsames, hijo mio, marcha luego, á honrar el cetro angusto de la Armenia,

lleva contigo á tu Zenobia amada: Himeaeo derrame sobre vuestra union todas las dichas: mas no obstante huid de aquí, temed mis inclemencias, temed mis zelos, no expongais á un padre,

á que otra vez su misma sangre vierta.

Zenobia, y Arsames, á un tiempo. No permitan los Dioses, que quienes

dé á nuestra union principio tal escena, turbe el pesar las dichas que asegura nuestra fé nuestro amor, nuestra firmeza,

CON LICENCIA.

Barcelona: POR JUAN FRANCISCO PIFERRER, Impresor de S. M.; véndese en su Librería, administrada por Juan Sellent.

COMEDIA

LA BUENA CRIADA.

DEL DOCTOR CARLOS GOLDONI.

TRADUCIDA Y VERSIFICADA.

POR FERMIN DEL REY.

REPRESENTADA DE NUEVO POR EL MISMO.

PERSONAS.

ACTORES.

Don Fernando	Sra. Josepha Luna
Don Nicasio	Sra. Manuela Renteria
Don Juan	Sra. Maria del Rosario
Don Antonio	Sr. Antonio Robles
Don Juan	Sr. Vicente Garcia
Don Pedro	Sr. Joseph Merdas
Don Juan	Sr. Francisco Lopez
Don Juan	Sr. Antonio
Don Juan	Sr. Miguel Garcia
Don Juan	Sr. Vicente Romero
Tres criadas que no se hablan	

JORNADA PRIMERA.

Aya. Si al pobre Fernando
llorar con tal desconsuelo,
que me hiera el corazón.
Pues Don Nicasio, ¿a un manco
de aquellas prendas, echado
de casa con tal desdago,
y ocasionar su ruina?
¿que causa hubo para esto?

Nic. Mientras él estuvo en casa
jamas nos faltaron pleytos.

Aya. Pues con quien peñaba ese hombre?

Nic. Con la con radey, pero
poco le daban en luttas,
al amigo era el doctor,
nadale guardaba, y con
la queso guardar respian.

¿Y cómo hijo, ¿por qué de mí, qué
inventa
puedo cuestionarme tan a penas,
¿Y tan cruel rozobra? A mi hijo he
mostrado:

¿Y qué ya de mi naturaleza
Rosa. Al ver la luz que vos manifestáis
de mi sangre, la luz que a Dios
con que la persiguiere, así deba
que denuncie en su propia voz,
¿Por? Para qué la denuncia? ¿De gra-
cias?
¿De la madre?

Rosa. De la que os da,
que queis luteis vos traslado a vuestros
hijos,
que juzgá en vana dardos está nueva,
y gracias a los Dioses, que no os
dan
mi culpa, mi fechor, y mi soberbia,
me acordé que erais vos el que me dar-
tes
el por. Santos Dioses! ya las dardos
me fallan... ¡Infeliz! pero dichosa,
para el mundo a Jacoba, el dolor carer-
pié
la dicha de que vuestro á ver mi padre.

no flores osara, no, siéndole
lecciones, que deturbar vuestro
de miado mio, avanza, digo
Yo quiero... Eso.

Zenob. ¿Cú os? si es que la justia
habida de mostrar de esta manera
a parte que habéis venido a mu-
tes?

Plac. ¿Está ya, si...? ¿Por qué
cha?

Artemes. hijo mio, marchó la
á honrar el claro augurio de la
nia,
haya caridad a la Señora de
Hileno. ¿Porque...? ¿Porque
unión contra las dardos, mas
hijo de aquí, temed mio, que
tejado una vez, no os dardos
dros,
¿que otra vez en vuestro augu-

Zenob. ¿De...? ¿De...?
No perduna los Dioses, que
culeren
de...? ¿De...? ¿De...?
turbe al punto las dardos que
muera la vuestro...? ¿De...?
nada.

CON LICENCIA

Barcelona: Por JUAN FRANCISCO PIERRELLI,
Censor de S. M.; vendiase en su Librería, que
administrada por Juan Salent.